

*Gabriel García Márquez*  
El relato de un naufrago



Esta obra, publicada en 1970, se presenta como una breve novela en forma autobiográfica donde Luis Alejandro Velasco, marinero militar, cuenta su experiencia de naufrago en el mar del Caribe. En realidad el texto literario no fue concebido como tal: de hecho es el resultado novelesco de una serie de entrevistas que el periodista García Márquez hizo a Velasco después de su aventura. Este reportaje es, pues, la base de la novela donde el autor cede la palabra directamente al protagonista. Antes de proponer un fragmento de la obra es necesario aclarar los pormenores del caso: en el febrero de 1955 Velasco viajaba como marinero en un buque militar que llevaba carga de contrabando. La mar gruesa provocó un bandazo y la carga, soltándose, arrastró a algunos marineros que cayeron al agua. Todos fallecieron en este desastre menos Velasco que salvó la vida gracias a una balsa. Sin embargo, pasó mucho tiempo sin que nadie le buscara: los equipos de rescate no se activaron condenándolo a vivir diez días de soledad y sufrimientos en el mar. Cuando ya había perdido las esperanzas de ser encontrado, llegó a las costas de Colombia donde lo recogieron casi sin vida en la playa. La Marina de Guerra se defendió culpando de lo sucedido a las condiciones climatológicas, pero el naufrago y el reportero denunciaron los tráfico ilegales del ejército y la denegación de socorro al naufrago, lo que costó la carrera militar al marinero y un período de exilio al periodista. Este fragmento pertenece al capítulo 11 en el que por fin el naufrago vislumbra la tierra. En las líneas que siguen Velasco nos cuenta su última noche en la balsa, la más larga, la noche en la que aún no sabía que se salvaría y abandonó toda ilusión de volver a casa.

Mi novena noche fue la más larga de todas. Me había acostado en la balsa y las olas se rompían suavemente contra la borda<sup>1</sup>. Pero no era dueño de mis sentidos. Y en cada ola que estallaba junto a mi cabeza yo sentía repetirse la catástrofe. Se dice que los moribundos «salen a recorrer sus pasos». Algo de eso me ocurrió en aquella noche de recapitulación. Yo estaba otra vez en el destructor<sup>2</sup>, acostado entre las neveras y las estufas, en la popa, con Ramón Herrera, y viendo a Luis Rengifo en la guardia, en una febril recapitulación del mediodía del 28 de febrero. Cada vez que la ola se rompía contra la borda yo sentía que se rodaba la carga, que me iba al fondo del agua y que nadaba hacia arriba, tratando de alcanzar la superficie. Minuto a minuto, mis nueve días de soledad, angustia, hambre y sed en el mar se repetían entonces, nítidamente, como en una pantalla cinematográfica. Primero la caída. Después mis compañeros, gritando en torno a la balsa; después el hambre, la sed, los tiburones y los recuerdos de Mobile<sup>3</sup> pasando en una sucesión de imágenes. Tomaba precauciones para no caer. Me veía otra vez en la popa del destructor, tratando de amarrarme para que no me arrastrara la ola. Me amarraba con tanta fuerza que me dolían las muñecas, los tobillos y sobre todo la rodilla derecha. Pero, a pesar de los cabos sólidamente atados, la ola venía siempre y me arrastraba al fondo del mar. Cuando recobraba la lucidez estaba nadando hacia arriba. Asfixiándome.

Días antes había pensado amarrarme a la balsa. Aquella noche debía hacerlo, pero no tenía fuerzas para incorporarme y buscar los cabos del enjaretado<sup>4</sup>. No podía pensar. Por primera vez en nueve días no me daba cuenta de mi situación. En el estado en que me encontraba hay que considerar como un milagro que aquella noche no me arrastraran las olas al fondo del mar. No habría visto. Tenía la realidad confundida en las alucinaciones. Si una ola hubiera volteado la balsa, tal vez yo habría pensado que era otra alucinación, habría sentido que caía otra vez del destructor – corno lo sentí tantas veces aquella noche – y en un segundo habría caído al fondo a alimentar los tiburones que durante nueve días habían esperado pacientemente junto a la borda. Pero de nuevo esa noche me protegió mi buena suerte. Estuve sin sentido, recapitulando minuto a minuto mis nueve días de soledad y ahora veo que iba tan seguro como si hubiera estado amarrado a la borda. Al amanecer, el viento se volvió helado. Tenía fiebre. Mi cuerpo ardiente se estremeció, penetrado hasta los huesos por el escalofrío. La rodilla derecha empezó a dolerme. La sal del mar la había mantenido seca, pero continuaba viva, como el primer día. Siempre me había cuidado de no lastimarla. Pero esa noche, acostado boca abajo, llevaba la rodilla apoyada contra el piso de la balsa, y la herida me palpitaba dolorosamente. Ahora tengo razones para pensar que la herida me salvó la vida. Como entre nieblas, comencé a percibir el dolor. Estaba dándome cuenta de mi cuerpo.

1. **borda:** canto superior del costado de un buque.
2. **destructor:** buque militar.
3. **Mobile:** ciudad de Alabama que asoma al mar del Caribe.
4. **enjaretado:** balsa.

**Análisis del texto****TEMA Y CONTENIDO**

1. ¿Qué es lo que lleva al protagonista a esta “febril” recapitulación?
2. ¿A qué se refiere el naufrago cuando habla de neveras y estufas?
3. ¿Qué descubrimos del día del accidente a través de esta recapitulación?
4. El narrador vive sus recuerdos como si aquellos terribles momentos sucedieran otra vez. ¿Qué sensaciones físicas le produce esta forma de alucinaciones?
5. ¿Qué había pasado durante los nueve días de naufragio?
6. ¿Qué peligro corre el narrador en esta novena noche de naufragio?
7. ¿De qué modo el dolor le salvó la vida?

**LENGUAJE Y ESTILO**

8. ¿Qué significa la expresión “no era dueño de mis sentidos”?

**CONCLUSIONES**

9. Intenta reconstruir las preguntas del reportero y las respuestas del entrevistado que han llevado a la creación novelesca de este fragmento.